

EMILIO MITRE FERNÁNDEZ

*REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA MEDIEVAL UNIVERSAL**

(Limitaciones y ambigüedades de algunos conceptos)

Hablar de Historia Medieval en el marco de ese vago concepto de Historia Universal, puede conducirnos a múltiples ambigüedades. De entrada, hay dos reseñables que, por extensión, son aplicables a cualquier otra Edad de la Historia. La primera; la identificación de «universal» con «europeo» y, reduciendo aún más el campo, con europeo «occidental»: el ámbito, *grosso modo*, de la actual Comunidad Económica Europea. La segunda, supone identificar el concepto de Historia Universal con la síntesis histórica y ésta con el compendio... e incluso con el manual orientado a la formación de estudiantes.

A lo largo de esta exposición incurriremos, desde luego, en estas ambigüedades. Sin embargo, creemos obligado reconocer la necesidad de establecer algunos matices. Y, en último caso, será conveniente razonar por qué frecuentemente somos presa de tales situaciones.

I. HISTORIA UNIVERSAL Y SÍNTESIS HISTÓRICA

Quienes hemos realizado incursiones en el campo de la Historia Medieval Universal/general, bien desde la docencia universitaria o bien desde las colaboraciones editoriales, somos conscientes de nuestra deuda con una rica tradición. Tradición en la que se entremezclan la investigación y la síntesis histórica ejercidas por una serie de figuras señeras. Entre ellas, las de ilustres medievalistas.

El resultado práctico de tales empresas ha sido la publicación de importantes síntesis en las que el Medioevo ha tenido amplia cabida. Síntesis históricas en grandes colecciones que, en algunos casos, se han convertido en clásicos de obligada referencia.

a) Los orígenes:

Hablar de síntesis como medio de acceso a la comprensión global de la Historia Universal es tanto como hablar de Henri Berr.

Estamos ante una figura (1863-1954) que se movió durante casi toda su vida al

(*) Texto de la conferencia pronunciada el 28 de junio de 1989 en la *XVII Semana Internacional de Estudios Medievales (La Edad Media ante las nuevas tendencias de la Historia)*.

margen de las instituciones universitarias. Aunque un tanto olvidado, hay un mérito en Henri Berr que le es universalmente reconocido: el haber sido el «hermano mayor» de Marc Bloch y Lucien Febvre y, consiguientemente, haber sido el precursor de la escuela de *Annales*.

Berr hizo del concepto «síntesis» una palabra clave para pensar y enfocar el proceso histórico. Fue una de las herramientas fundamentales en su lucha contra la historia «historizante» o positivista que dominaba en los medios académicos a comienzos de este siglo. Rechazando las especializaciones y divisiones abusivas, Berr quiso hacer de la Historia la ciencia de las ciencias y, en último término, una ciencia de los comportamientos.

Para alcanzar estas metas, Berr promovió una serie de fecundas iniciativas. En 1900 fue la fundación de la *Revue de Synthèse historique* en la que se relacionaron gentes procedentes de todas las disciplinas. En 1914 fue la fundación de la *Bibliothèque de Synthèse historique*. En 1920 se inició la gran empresa de publicación de la colección *L'Évolution de l'Humanité*. En 1925 se fundó el *Centre international de synthèse* que promovió encuentros anuales en torno a un tema dominante.¹

En relación con el medievalismo, la obra de Henri Berr debe ser estimada, primordialmente, por la publicación en *L'Évolution de l'Humanité* de algunos volúmenes que aún hoy son de interesante manejo. Se trata de títulos —como toda la colección en sí— bastante desiguales. Algunos se acercan a una visión de la Historia un tanto tradicional y han envejecido con el discurrir de los años. Otros sin embargo —recordemos los dos volúmenes dedicados a *La société féodale* de Marc Bloch aparecidos en 1939-1940— son aún de obligada lectura.

A fines de los años veinte, el pensamiento de Berr, muy enfático y retóricamente combativo, se encontraba ya considerablemente desgastado. Para esa fecha el relevo lo tomaron los maestros de la escuela de *Annales*. Sin embargo, Berr legaba algo muy importante a la posteridad: la articulación en la Historia de campos hasta entonces mal integrados (pensamiento científico, antropología, entorno...) tarea en la que profundizarían los Marc Bloch, Lucien Febvre, etc... y, además, un gran modelo de síntesis (por la vía de una monumental colección) en la que, mediante todos esos aportes —tradicionales unos, modernos otros— se podía llegar a una mejor comprensión de lo que comúnmente denominamos «historia universal».

b) El modelo de la gran colección:

Publicar una gran colección en la que la historia fuera algo más que la narración de los acontecimientos políticos, fue una idea que experimentó fuerte impulso en los años veinte/treinta.

1. Una buena semblanza sobre la figura de este autor se recoge en la voz «Berr» redactada por J. REVEL, en el diccionario *La nueva Historia*, págs. 81-92. Bilbao 1988 (Ed. original francesa París 1978).

Estas colecciones fueron objeto de reediciones y actualizaciones sucesivas. Su vigencia científica y editorial se prolongó hasta entrados los años cincuenta.

Por lo que a nosotros se refiere, estas colecciones conocieron la colaboración de figuras señeras del medievalismo. Serán los casos de L. Halphen, H. Pirenne, J. Calmette, F. L. Ganshof, H. Focillon, J. B. Bury, E. Perroy, etc...

Hubo una, de las más madrugadoras además, específicamente dedicada al mundo medieval: fue la *The Cambridge Medieval History* cuya publicación se inició en 1911. Entre las demás se encontraban: la mencionada *L'Évolution de l'Humanité* (desde 1920) cuyos volúmenes iban precedidos de prólogos de Henri Berr; la *Histoire general* (desde 1925) dirigida por G. Glotz; *Peuples et civilisations. Histoire general* (desde 1926) dirigida por Ph. Sagnac y L. Halphen; *Clio. Introduction aux études historiques* (desde 1934) con la parte de Historia Medieval a cargo de J. Calmette; o, por su singular importancia cara al Medievo, la *Histoire de l'Église*, dirigida, desde 1934 por Fliche y Martin.

Se trataba, por lo general, de grandes obras de síntesis, sólidas, con abundante bibliografía y elencos de fuentes. En algunos casos (el de *Clio* será el más destacado) se incorporaba un estado actual de las cuestiones en discusión. Con todo, era lo político lo que acababa primando en la mayoría de estas colecciones.

c) La renovación del modelo:

Avanzados los cincuenta y parte de los sesenta, el modelo de gran síntesis expresado a través de una monumental colección experimentó una decisiva renovación. No sería del todo aventurado afirmar que de ella seguimos viviendo en buena medida.

Algunas de las grandes colecciones mantuvieron sus títulos, aunque cambiaron sus autores en un intento de radical puesta al día. Fueron, por ejemplo, los casos de *Peuples et civilisations*, o de *Clio*, objeto de una importante renovación: surgirá, así, *Nouvelle Clio. L'Histoire et ses problèmes*. El subtítulo lo dice todo. En algún otro caso, la renovación se acompañó de una ampliación. Así, la obra de Z. N. Brooke *A History of Europe. 911-1198* aparecida en Londres en 1938, fue actualizada por su hijo Christopher Brooke en su *Europe in the Central Middle Ages. 962-1154* publicada en Londres (Ed. Longman) en 1964... y parte de una más amplia *A History of Europe* en varios volúmenes, dirigida por otro medievalista: Denis Hay.

La renovación alcanzó también a otras colecciones que, si no exclusivamente dedicadas a la Historia, dejaban a ésta un amplio campo. Será el caso de la popular colección *Que Sais-je?*, algunos de cuyos volúmenes han sido objeto de un total replanteamiento. Para el caso del mundo medieval recordemos: *Les croisades* redactado tiempo ha por R. Grousset y que más recientemente lo ha sido por C. Morrison; o *La France au Moyen Age* escrito en primera instancia por J. Calmette y en fecha cercana a nosotros por A. Chedeville.

Los años cincuenta/sesenta vieron también la aparición de colecciones de nuevo

cuño. Así: *Histoire generale des civilisations*, dirigida por M. Crouzet desde 1955; *Les grandes civilisations*, que lo fue por R. Bloch; o *Destins du monde*, dirigida por L. Febvre y F. Braudel.

En todo caso estamos, de nuevo, ante obras bastantes desiguales, bien por los diversos criterios e ideas de los autores que redactaron los distintos volúmenes, o bien por las diferencias cronológicas en su aparición. Los desequilibrios acaban constituyendo uno de sus principales inconvenientes. *Nouvelle Clio* presenta un buen ejemplo de ello. Para la Iglesia y vida cultural en los siglos VIII al XII ha publicado recientemente dos gruesos volúmenes debidos a la pluma de J. Paul, cuando veinte años atrás sólo dedicó uno —escrito por F. Rapp— para los conflictivos siglos XIV y XV.

Se trata también de colecciones en las que el Medievo ocupa un desigual papel. Aquellas concebidas con un criterio más cronológico pueden dedicar varios volúmenes a esta época... con el consiguiente riesgo de los desequilibrios antes apuntados. En otros casos, el Medievo puede ocupar un único volumen pero con unos objetivos de globalización... e incluso de interpretación más o menos novedosa de la época.

Habría que decir por último que, estas obras son hijas de una tradición científica y de todo un conjunto de condicionamientos en los que pesan los más variados factores. Pasemos a exponerlos.

II. LA HISTORIA MEDIEVAL UNIVERSAL ANTE LA CONVERGENCIA DE LAS DISTINTAS TENDENCIAS DE LA INVESTIGACIÓN

En el 100º *Congrès National des Sociétés Savantes* celebrado en 1975, Jean Glenisson estableció siete tendencias de la investigación en la Historia Medieval: Demografía-sociedad-economía, Estado-instituciones-guerra, religión-Iglesia, Filosofía-ciencias-enseñanza, Literaturas, Arqueología-Arte y mentalidades-comportamientos.²

Algunas de estas tendencias podían considerarse «nuevas», caso de la historia de las mentalidades. Otras, podían considerarse tradicionales, aunque objeto de una firme renovación en el presente: caso de la historia política, diplomática y militar, o la historia de las instituciones.

Tal clasificación tiene de convencional lo que toda división. El propio eclecticismo que la preside hace difícil un rechazo frontal por parte de nadie. Lo que sí puede decirse es que tales tendencias podrían desmenuzarse *ad infinitum*: vg., bajo el vocablo «literaturas» cabría colocar una amplísima gama de estudios. Pero también puede decirse que cabe emprender la operación contraria: la de agrupación de

2. En comunicación bajo el título de «Tendances, Méthodes et Techniques nouvelles de l'Histoire Médiévale» págs. 7-30 de las Actas. Se trata, sin embargo, de un trabajo realizado bajo una perspectiva casi exclusivamente francesa y en función de lo que parecía interesar en ese momento a los medievalistas franceses.

tendencias que, *grosso modo*, nos podría presentar el siguiente cuadro:

En primer lugar, una historia política que no tiene que ser forzosamente, como ha recordado J. Julliard,³ historia de los acontecimientos pura y simplemente. Puede ser también la historia de las instituciones, hijas más de las realidades sociales que de las lucubraciones teóricas de los juristas. Puede ser la historia de la teoría política y de los mitos políticos con los que ésta se ha visto entrelazada a lo largo del tiempo. Puede ser la historia de la propaganda política. O puede ser, la historia de la guerra, concebida no como mera retahíla de batallas, sino como el fenómeno social que más bajas —directas o inducidas— ha causado a lo largo de los siglos. Tratándose incluso de estudios de batallas, caben para el caso medieval, interpretaciones en las que la sociología, la antropología, los más diversos mitos, etc... han jugado un importante papel. Recordemos a este respecto trabajos como los que en los últimos años han acometido G. Duby para la batalla de Bouvines⁴ o Ph. Contamine para la de Azincourt.⁵

En segundo lugar se situaría una historia de la vida cultural y religiosa que sea algo más que la de las superestructuras jerárquicas o la de las grandes líneas de pensamiento. Es también la historia de la marginación religiosa (herejes y minorías de otras religiones), de la religiosidad popular, de los componentes sociológicos e ideales de vida de las distintas categorías sociales, etc...⁶

En tercer lugar se situaría una historia social y económica, que no es sólo la mera descripción de fenómenos de este tipo o la consiguiente cuantificación. Es también la historia de fenómenos que cada vez gozan de mayor predicamento entre los estudiosos: conflictos sociales,⁷ relaciones de parentesco,⁸ pobreza y marginación so-

3. Vid. su «La política», en *Hacer la Historia. II. Nuevos enfoques*, págs. 238 a 257. Barcelona 1979. (Ed. original francesa París 1974).

4. Nos referimos, naturalmente a la versión francesa de *Le dimanche de Bouvines*. París 1973, no a la masacre que de esta obra se ha hecho en su traducción al castellano, que no pasa de ser casi una amplia antología del original.

5. *Azincourt*. París. col. Archives. 1964. En una línea parecida (y, por remitirnos a la misma Guerra de los Cien Años) vid. E. CARPENTIER: «L'historiographie de la bataille de Poitiers au quatorzième siècle», en *Revue Historique*, 1980.

6. Los temas de religiosidad popular cuentan con aportes crecientes en los últimos años. Ello ha provocado la necesidad de fijar el estado actual de esta cuestión de forma periódica. Cf. la «Introduzione» de R. MANSELLI a la antología titulada *La religiosità popolare nel Medio Evo*. Bologna 1983. Para el caso de los movimientos heréticos la bibliografía es también abundantísima y cada vez más especializada. Pensemos, por ejemplo que el joaquinismo ha contado en los últimos años con la celebración de un I y un II *Congresso internazionale di studi Gioachimiti* en los años 1979 y 1984 (Actas publicadas respectivamente en los años 1980 y 1986)... y con la aparición de una revista especializada desde finales de 1987 con el título *Florensia. Bollettino del Centro Internazionale di Studi Gioachimiti*.

7. Hace ya algunos años dos libros sirvieron de importantes piedras de toque en la renovación del interés por el tema: M. MOLLAT y P. WOLFF: *Ongles bleus, Jacques et Ciompi. Les révolutions populaires en Europe aux XIV et XV siècles*. París 1970. (Ed. española Madrid 1976); G. FOURQUIN: *Les soulèvements populaires au Moyen Age*. París 1972. (Ed. española Madrid 1979).

8. Interesante a este respecto es la obra de J. HEERS: *Le clan familial au Moyen Age*. París 1974 (Ed. española Barcelona 1978).

cial,^{8bis} imágenes que los mentores de la sociedad dan de ésta...⁹

Resulta obvio recordar que, a distintos niveles de trabajo, los préstamos entre estas tres grandes tendencias son harto frecuentes y fructíferos. Algunos interesantes trabajos en los que se estudian las relaciones existentes entre religión y economía^{9bis} serían de enorme utilidad para darnos cuenta de lo vulnerable de toda división...

La convergencia de tendencias (sean tres o siete) a la hora de abordar lo calificable como «historia universal» resulta de todo punto imprescindible. Algunos modelos pueden ejemplificar bien lo que, a nivel de estudio global de la Historia del Medioevo, ha sido el paso de unas visiones expositivas y tradicionales a otras en las que han pesado de forma decisiva los más modernos aportes de la investigación.

Así, se ha recordado el papel que la obra póstuma de H. Pirenne (*Histoire de l'Europe des invasions au XIVe siècle* Paris-Bruxelles 1936), tuvo como superación de enfoques narrativos a los que el tiempo ha envejecido. La evolución de la economía, como no podía ser menos en el caso del patriarca del medievalismo belga, tenía en esta obra de carácter general un importante papel.

Obras mucho más cercanas han incorporado, cara a la docencia universitaria, la visión que del Medioevo han dado las distintas tendencias de la investigación. Recordemos, por ejemplo, los didácticos volúmenes publicados en torno a 1970 por la colección U de la Editorial A. Colin. Y, de forma más integrada, recordemos la más reciente síntesis dirigida por R. Fossier: *Le Moyen Age*, 3 vols. Paris 1982-3 (Ed. española Barcelona 1987).

La historia total y su quinta esencia, la de las mentalidades ¿meta final y clave de la bóveda del edificio construido por el historiador?

Jacques Le Goff ha escrito, a propósito de lo que ha sido la configuración del fenómeno de la «nueva historia», que el campo de saberes se ha ampliado gracias a tres circunstancias. La primera, la afirmación de ciertas ciencias (algunas ya viejas, otras nuevas), que han entrado en el umbral de la divulgación universitaria: sociología, demografía, antropología, ecología, etc... La segunda, ha sido la renovación de ciencias tradicionales a las que se ha puesto el adjetivo de «modernas»: lingüística moderna, nueva historia económica... La tercera circunstancia es la interdisciplinariedad que propicia la aparición de ciencias compuestas como la historia sociología, la demografía histórica, la antropología histórica, la psicolingüística, etc...¹⁰

¿Sobre qué ámbitos geográficos y sobre qué arco cronológico —cara al Medioevo—

8 bis. De gran interés ha sido, en este sentido, la publicación de algunos trabajos dispersos de la profesora N. GUGLIELMI: *Marginalidad en la Edad Media*. Buenos Aires 1986.

9. Cf. G. DUBY: *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*. Paris 1978. (Ed. española Barcelona 1983).

9 bis. Cf. J. LE GOFF: *La bourse et la vie*. Paris 1986. (Ed. española Barcelona 1987).

10. En el artículo «La nueva historia», en *La nueva historia* pág. 263.

se han podido aplicar esas tendencias de la investigación histórica y esa fusión de métodos de trabajo?

Sin lugar a dudas, a partir de aquí nos toparemos repetidamente con las ya denunciadas ambigüedades y limitaciones –sesgadas muchas veces– de dos conceptos: el de medieval y el de universal.

III. UN AMBITO GEOGRÁFICO PARA LA HISTORIA MEDIEVAL UNIVERSAL Y UNAS CLAVES PARA SU ESTUDIO

Cuando utilizamos el concepto Edad Media, lo estamos aplicando de entrada a todas las civilizaciones que vivieron –*grosso modo*– entre los siglos V y XV. Hablamos, así, de una Edad Media del Occidente europeo, pero también de una Edad Media Bizantina y de una Edad Media Musulmana. Hablamos, igualmente, de una China, una India y un Japón medievales. E incluso utilizamos la idea de Edad Media para aplicarla al continente africano o a las civilizaciones de la América precolombina. Diversas obras de síntesis –de mayor o menor extensión, incluidas las que cubren un cierto número de volúmenes– y manuales universitarios han incorporado a sus páginas el estudio de todas estas civilizaciones. Se ha considerado, por ello, que estaban abordando la Historia Universal en su conjunto.

Sin embargo, estamos incurriendo con ello en una marcada inadecuación. E. Perroy lo advirtió hace ya años cuando dijo que no se puede medir por las mismas pautas de análisis al Imperio de Bizancio, al Próximo Oriente musulmán, al Asia Lejana y a la Europa Occidental. «En una época en que el mundo era diverso, en que las relaciones entre sus partes eran raras, los desencajes temporales son inevitables».¹¹

Escrito ésto en una obra en la que se trataba tanto de las civilizaciones «orientales» como de las «occidentales», exime de cualquier comentario ulterior.

Salvo que se trate de auténticos especialistas (arabistas, helenistas, americanistas...) el estudio de áreas culturales distintas a la Occidental europea se ha hecho, esencialmente, en función de las relaciones de ésta con aquéllas. Y, en último extremo, en función de la imagen que el Occidente forjó de esas otras civilizaciones.¹²

11. E. PERROY: «Introducción» al vol. III de *Historia General de las Civilizaciones, La Edad Media. La expansión del Oriente y el nacimiento de la civilización occidental*. Barcelona 1961.

12. La imagen «del otro» ha sido objeto del reciente discurso de entrada en la Real Academia de la Historia de E. BENITO RUANO: *De la alteridad en la Historia*. Madrid 1988. El caso del Islam visto a través de la óptica cristiana ha sido, posiblemente, el más tratado. Cf. Ph. SENAC: *L'image de l'autre. Histoire de l'Occident médiéval face à l'Islam*. Poitiers 1983. Para el caso concreto hispánico vid. R. BARKAI: *Cristianos y musulmanes en la España medieval (El enemigo en el espejo)*. Madrid 1984 y C. GRANDA: «Otra imagen del guerrero cristiano (su valoración positiva en testimonios del Islam)» en *En la España Medieval. Estudios en memoria del Prof. Sánchez Albornoz*. I. Madrid 1986. En relación con el Africa negra y su visión en la Europa medieval, es de interés, F. MEDEIROS: *L'Occident et l'Afrique (XIII-XV). Images et représentations*. Paris 1986.

¿Caeríamos, así, en un vicio de etnocentrismo por identificar lo medieval-universal solamente con lo europeo... e incluso con europeo occidental exclusivamente? Tal vicio llegaría hasta sus últimas consecuencias si ese Occidente lo limitamos a extremos que dejemos al Mediterráneo reducido a algo casi marginal a la sociedad europea medieval.¹³

Este vicio derivado de un jingoísmo europeísta es real y no sólo a la hora de abordar los siglos medievales, sino cualquier otra etapa de la Historia.¹⁴ Sin embargo, hay otra realidad que no conviene olvidar y es que el término «medieval» es una creación del Occidente europeo. Una creación que se empieza a popularizar en la plenitud misma del Medievo para definir la etapa intermedia que la Humanidad atraviesa entre la primera y la segunda venida del Salvador. Y una idea que pierde bastante de su sentido trascendente para adquirir muchas de las connotaciones que actualmente sigue teniendo, a partir del siglo XV por obra del obispo de Aleria Giovanni Andrea dei Bussi.

Hablar hoy en día de medievalistas es hablar, esencialmente, de gentes que trabajan por y para el ámbito cultural al que pertenecemos: un Occidente europeo cuya historia –falazmente, desde luego– se ha identificado con la Historia Universal. Un Occidente europeo que empieza a forjar su personalidad a partir del siglo V y que, desde el siglo XV, va a protagonizar un gran giro: el que marquen los grandes descubrimientos geográficos.

Para ese conjunto de tierras al que vamos a referirnos en adelante, han sido distintos los intentos no ya de mera descripción de su pasado medieval, sino de interpretación global y de reflexión. En ciertos casos es necesario reconocer las conclusiones auténticamente innovadoras a las que han llegado algunos autores. Innovaciones que son, desde luego, resultado de una aplicación progresiva de las diversas tendencias y métodos de trabajo que el especialista en Historia Medieval ha ido incorporando a su tarea.

Es, efectivamente, una vieja aspiración del historiador –y del medievalista consiguientemente– dar una visión totalizadora del pasado al que se está refiriendo. De ahí ese intento de integrar en su trabajo desde la historia política más tradicional a la historia de las mentalidades.

Sin embargo, es necesario reconocer que, a la hora de desentrañar lo que han sido las claves de la Historia del Occidente medieval han pesado de forma decisiva una

13. Recordemos, por ejemplo, el escaso valor dado al mundo ibérico en algunas obras de Historia del Occidente Medieval, incluidas las de la órbita cultural francesa. Sin ir más allá, la meritoria obra de B. GUENÉE: *Histoire et culture historique dans l'Occident Médiéval*. Paris 1980, apenas toca las fuentes narrativas hispánicas de la época, reduciéndose a unas escasas menciones a Paulo Orosio, San Isidoro y Alfonso X.

14. Cf. H. KELLENBENZ: «Historia universal e imagen europeo-céntrica de la historia», en *El método histórico. Sus posibilidades y limitaciones* (Primeras Conversaciones internacionales de Historia) Pamplona 1974, págs. 61 a 81.

serie de circunstancias. Ha sido, por ejemplo, la parcela del saber histórico a la que el medievalista ha dedicado su atención. Ha sido su método de trabajo. Ha sido la ideología que le ha guiado. Y ha sido también (¿por qué no decirlo?) el tipo de creencias y de sentimientos que le dominan.

Hace algunos años, G. Duby exponía este punto de vista al afirmar que «no sé muy bien en qué creo, pero en todo caso sé que no podría hacer mi trabajo de medievalista si no sintiera ciertas cosas... si no tuviera un conocimiento de los textos sagrados y si no supiera interpretarlos en cierta medida cómo lo hacían los hombres del medievo».¹⁵

La clave más tópica incorporada a todas las visiones globales del pasado medieval del Occidente es la que interpreta éste como una síntesis de romanismo, germanismo y cristianismo latino.¹⁶ En una forma paralela, se interpreta la sociedad bizantina de la época como síntesis de romanismo, helenismo, cristianismo y orientalismo. Tales fórmulas, salvo que desmenucemos estos conceptos y los analicemos de forma actualizada, corren el riesgo de incurrir en el mero lugar común.

Piero Zerbi reflexionó hace algunos años sobre ciertas obras que consideraba clave –incluso clásicas ya– en lo que a visión global del Occidente Medieval se refiere.¹⁷

El ciclo lo abría con el libro de G. Falco *La Santa Romana Republica. Profilo storico del Medio Evo*, cuya primera edición fue en Milán 1942. A juicio de Zerbi se trataba de una culminación del medievo tradicional y clásico, visto como integración de romanismo y cristianismo y fuerte basculación hacia el ámbito mediterráneo. El magisterio de Benedetto Croce se encontraba vivo a lo largo de sus páginas, en tanto se utilizaba una época de la Historia como vía para dar respuesta a algunas de las inquietudes y problemas del presente.

Después de la obra de Falco, dice Zerbi, se abre una nueva visión del Medievo (occidental) diseñado a través de tres obras fundamentales:

La primera corresponde al libro de L. Genicot titulado *Les lignes de faite du Moyen Age*. Paris-Tournai 1951. Su versión al castellano (Barcelona 1963) lleva el título *El espíritu de la Edad Media*. En esto al menos, la traducción no supuso traición a lo que era la filosofía del texto. La Edad Media de Genicot es, en efecto, la de las alturas, una especie de Edad Media eterna que pervivirá mientras exista –dice el autor en la conclusión de la obra– la civilización occidental y la Iglesia que la engendraron y nutrieron.

La siguiente obra citada por Zerbi es la de R. S. López *Naissance de l'Europe*.

15. Vid. G. DUBY: *Diálogos sobre la Historia. Conversaciones con Guy Lardreau*, pág. 118. Madrid 1988 (Ed. original francesa París 1980).

16. Tal y como se recogía, por ejemplo, en una obra escasamente citada hoy en día: la de J. BÜHLER: *Vida y cultura en la Edad Media*, Méjico 1946 (Ed. original en alemán Leipzig 1931).

17. P. ZERBI: *Il Medioevo nella storiografia degli ultimi vent'anni*. Milano 1977.

Paris 1962 (Ed. española Barcelona 1965), aparecida en la colección *Destins du monde*. Poniendo énfasis mayor en las cuestiones de índole social y económica, la Edad Media de López —a nivel del Occidente europeo esencialmente— es la que se desarrolla entre dos crisis hemisféricas: la que provoca el hundimiento del Imperio Romano en Occidente y la que convulsiona todo el mundo eurasiático desde comienzos del siglo XIV.

También en París en 1964 y dentro de la colección *Les grandes civilisations* apareció la obra de J. Le Goff *La civilisation de l'Occident médiéval* (Ed. española Barcelona 1969). Sin pretender un retorno a los viejos tópicos del Medievo como época de tinieblas, Le Goff redacta un texto que es, conscientemente, un anti-Genicot. Su Edad Media no es la de la espiritualidad, sino la de las profundidades. En su estudio cuentan no sólo los testimonios escritos cultos, sino también los que hacen referencia a los aspectos más primarios de la sociedad. Algo que, con el refuerzo de las fuentes no escritas, permite la reconstrucción de una civilización que, si no fuera por usar un anacronismo, cabría calificar de subdesarrollada.

A estos tres grandes textos, Zerbi añade otros. Algunos figuran como cronológicamente intercalados: *The making of the Middle Ages* de R. W. Southern, aparecido en Londres en 1953 (Ed. española Madrid 1955), o *Le Moyen Age* dirigido por E. Perroy dentro de *Histoire générale des civilisations*. Paris 1955 (Ed. española Barcelona 1961). Otra obra figura como broche: el librito de A. Vauchez *La spiritualité du Moyen Age Occidental. VIII-XII siècles*. Paris 1975 (Ed. española Madrid 1985), importante por cuanto bajo el concepto de espiritualidad no se incluyen sólo las manifestaciones religiosas o de pensamiento de las élites sino también las de las capas populares. Algo que permite la inserción de la historia de la espiritualidad en el conjunto de la historia social y cultural del Occidente.

Por supuesto que las reflexiones globales sobre el conjunto de la Europa Occidental en los siglos medievales no se agotan en la serie de títulos espigados y ampliamente comentados por P. Zerbi. Cabría citar otras muchas obras, y correríamos el riesgo de incurrir en lo aburridamente inventarial.

Para el período 1942 a 1975 hay algunos títulos que merecen citarse. Así, el de R. Morghen *Medioevo cristiano*, Roma 1951, del que se hicieron diversas reediciones actualizadas. En línea similar a la de G. Falco, se trata de un conjunto de ensayos presididos por una idea (parecida también a la de Genicot) cual es la identificación de historia de la civilización con historia de la Iglesia misma.

De 1972 es la obra de A. J. Gourevitch (vertida al francés —Paris 1983— con prólogo de G. Duby) *Les catégories de la culture médiévale*. Es un estudio de las imágenes y modelos del mundo fijados por la cultura medieval a través de las dimensiones de espacio-tiempo, derecho, riqueza y trabajo. (Ed. española. Madrid 1990)

A. Borst, autor conocido fundamentalmente por sus estudios sobre movimientos

heréticos, publicará en Francfort-Berlin 1973 un importante libro bajo el título *Lebensformen im Mittelalter*.

F. Oakley dio a luz su *The crucial centuries. The Medieval experience*. Londres 1974 (Ed. española. Madrid 1980). Su tesis: el Medioevo como época fundamental para el ulterior poder hegemónico de Europa en el mundo.

Más allá de lo cronológicamente recensionado por P. Zerbi, son también dignos de mención otros textos. Así, el de A. Murray: *Reason and society in the Middle Ages*. Oxford 1978 (Ed. española Madrid 1982). La Edad Media de Murray no es tanto la de la espiritualidad como la época en la que se echan las bases del pensamiento racional.

Con criterios parecidos a los que marcaron su obra de 1975 antes mencionada, A. Vauchez publicó en París, 1987, *Les laïcs au Moyen Age. Pratiques et expériences religieuses*.

...

Hasta aquí, una limitada relación de obras que forman ya parte del elenco bibliográfico de cualquier profesor universitario. Obras meritorias todas ellas pero que no cubren el mismo espacio cronológico. Con todo, en algo están de acuerdo: entre los siglos XI y XIII discurre la época dorada de la sociedad medieval. Cuestión ésta que nos permite introducirnos en otra serie de consideraciones.

IV. UN ARCO CRONOLÓGICO PARA EL MEDIEVO OCCIDENTAL

La visión más clásica de lo que abarca cronológicamente el Medioevo fue formulada en 1688 por Cristóbal Keller en su *Historia Medii Aevi a temporibus Constantino Magni ad Constantinopolim a Turcis captam*. Se echaban así las bases para la división tripartita de la historia –europea– en Antigüedad, Medioevo y Tiempos Modernos.

Admitiendo en sus líneas generales esta división estamos, de rechazo, admitiendo la existencia de dos fracturas que delimitan el Medioevo: el imperio cristiano (o las migraciones germánicas, por tomar un acontecimiento más «catastrófico») y el fin del Imperio Bizantino.

Sin embargo, es necesario hacer algunas elementales precisiones.

En primer lugar, la existencia de desencajes. Y no sólo los advertidos por E. Perroy en relación con la desigual evolución de las distintas civilizaciones. Desencajes los hay también dentro de la propia sociedad occidental, ya que no todas las regiones tienen el mismo ritmo de desarrollo.

En segundo lugar hay que advertir también la artificiosidad de todo tipo de divisiones que se han pretendido hacer en el desarrollo de la Historia. Algún autor como Huizinga advirtió ya de la subjetividad de ciertos conceptos como los de la Edad Media y Renacimiento ya que, llegando a las capas profundas de la Historia, lo que se aprecia, por lo general, son continuidades.

Si admitimos ese ya consagrado acotamiento (Medieval = época de la Historia que discurre entre los siglos IV/V y XV) es por una mezcla de inercia y operatividad docente.

Tan primario pragmatismo debe, sin embargo, ser paliado de alguna forma. La clave, para ello, está generalmente en hablar de épocas de transición. Así:

a) Transición de la Antigüedad al Medieval:

Diversas expresiones se han utilizado al respecto. Entre las que más fortuna han tenido figuran las de «Temprano Medieval» y «Tardía Antigüedad».

Cubre ésta un dilatarado período que discurre entre los siglos III y VI según H. I. Marrou¹⁸ y hasta mediados del siglo VII para P. Brown.¹⁹ Desde otra perspectiva –la de la divulgación marxista– se ha podido hablar de un paso de la Antigüedad al feudalismo²⁰ que se situaría entre el siglo III y el ascenso de los carolingios.

Nos encontramos ante distintos criterios en razón de los hechos a los que se haga primar en el análisis tal transición: políticos, culturales, religiosos, socio-económicos o, incluso, sociolingüísticos.²¹

Puestos incluso a desmenuzar lo que esta transición ha sido, puede fijarse, además, una especie de «transición en la transición». En concreto, lo que corresponde al período diocleciano en el cual las relaciones sociales de producción –a vueltas con un particular enfoque de la historia– no serían ni «esclavistas» ni «feudales» en estado químicamente puro, sino básicamente «bajoimperiales».²²

El fin del Mundo Antiguo y los inicios del Medieval sigue siendo así un tema abierto a la controversia.

b) Transición del Medieval a la Modernidad y crisis bajomedieval:

A la hora de enfocar lo que han supuesto los siglos XIV y XV en el contexto de la Historia Medieval Universal (europea) se han adoptado los más variados criterios. En alguna ocasión (recordemos las antes mencionadas obras de R. S. López y de J. Le Goff) se ha optado por la omisión dejando su análisis a otros autores no siempre definidos estrictamente como medievalistas.

En otras ocasiones, por el contrario, se ha lanzado toda una batería de expresiones para definir lo que comúnmente se considera como «crisis de la Baja Edad

18. H. I. MARROU: *Décadence romaine ou antiquité tardive? III-VI siècle*. Paris 1977. (Ed. española. Madrid 1980).

19. P. BROWN: *The World of Late Antiquity*. Londres 1971. (Ed. española Madrid 1989).

20. P. ANDERSON: *Passages from Antiquity to feudalism*. Londres 1974. (Ed. española. Madrid 1979).

21. Vid. a este respecto las consideraciones recogidas por M. BANNIARD en *Le Haut Moyen Age Occidental*, págs. 113-114. Paris 1980.

22. Cf. G. BRAVO: *Coyuntura sociopolítica y estructura social de la producción en la época de Diocleciano*, pág. 293. Salamanca 1980.

Media». Desde la obra de J. Huizinga *El otoño de la Edad Media*, aparecida en 1918, distintas han sido las formas de calibrar este momento. Al igual que para la otra transición, los factores referenciales tomados han sido básicos para la utilización de distintas expresiones.

Así, desde la óptica de la vida religiosa, este período habría sido la «época de las reformas», que hincan sus raíces en el siglo XIII y se prolongan hasta entrado el siglo XVI.²³

Desde la perspectiva del mundo de la política, la Baja Edad Media habría sido la época de génesis del Estado moderno al que mucho aportarán los siglos medievales.²⁴

Desde el punto de vista de la economía, el término «alto renacimiento» ha tenido fortuna en algunos medios académicos...²⁵ o el más retórico de «primavera de los tiempos modernos».²⁶

En el campo de las relaciones sociales, los siglos XIV y XV jugarán de manera primordial en lo que se ha dado en llamar «transición del feudalismo al capitalismo». La polémica abierta en su momento –1946– por la obra de M. Dobb *Studies in the Development of Capitalism* (Ed. española de 1971), se reveló fecunda en determinados medios historiográficos.²⁷ En algún caso, y a nivel de la pura síntesis, lo medieval acaba siendo tan identificado con un particular modo de producción que su arco cronológico engulle también lo que habitualmente conocemos como Edad Moderna.²⁸

El paso a la Modernidad tiene, por todo lo expuesto, una carga polémica no inferior a la que caracteriza el paso del mundo Antiguo al medieval.

c) Subperiodizaciones y transiciones «internas»:

Considerada en el sentido más común, la Edad Media son diez siglos. Demasiado tiempo para pensar en la inexistencia de cambios. De ahí que a la división tripartita

23. Para el mismo período se han redactado hace algunos años dos obras con título semejante: la de S. OZMENT: *The Age of Reform 1250-1550. An Intellectual and Religious History of Late Medieval and Reformation Europe*. Yale 1980, y la de P. CHAUNU: *Le Temps des Reformes. Histoire religieuse et système de civilisation. La Crise de la chrétienté. L'Eclatement (1250-1550)*. Paris 1975.

24. Recordemos, a este respecto, el conjunto de conferencias de J. R. STRAYER recopiladas bajo el título *On the Medieval origins of the modern State*. Princeton 1970 (Ed. española Barcelona 1981); el excelente librito de M. MOLLAT: *Genèse médiévale de la France moderne (XIV-XV siècle)*. Paris 1977; o las actas del coloquio de Niza sobre *Génesis medieval del Estado Moderno: Castilla y Navarra (1250-1370)* publicadas en Valladolid 1987, con su continuación en otro coloquio en torno a *Realidades e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*. Valladolid 1988.

25. Así, en H. A. MISKIMIN: *The Economy of Early Renaissance Europe, 1300-1460*. Cambridge 1975 (Ed. española Madrid 1980).

26. Ph. WOLFF: *Automne du Moyen Age ou printemps des temps nouveaux*. Paris 1986.

27. Nos referimos, naturalmente, al conjunto de opiniones reunidas bajo el título *The transition from feudalism to capitalism*. New York 1955 (Ed. española de 1968).

28. Recordemos, a este respecto, la síntesis de E. A. KOSMINSKY: *Historia de la Edad Media*, Madrid 1976, en donde el Medioevo europeo se prolonga hasta el siglo XVIII.

del proceso histórico se haya querido replicar con otra similar para los tiempos medievales. La división en Alta, Plena y Baja Edad Media está ya universalmente admitida y no necesita aquí demasiados comentarios. Sin embargo, al igual que cabe hablar de etapas de transición entre una y otra Edad, podrían establecerse también unas transiciones internas para las subperiodizaciones del Medioevo.

Aquí vuelven a ser útiles los títulos a los que nos hemos referido en el apartado anterior.

En la transición de la Alta a la Plena Edad Media ha jugado un importante papel el entorno del Año Mil, despojado gracias a una serie de trabajos realizados a lo largo de este siglo²⁹ de las connotaciones catastrofistas con las que le había aureolado la historiografía romántica. G. Duby habló ya de un inicio del gran proceso roturador en algunas zonas de Europa con anterioridad a cumplirse el milenario del nacimiento del Salvador.³⁰ En otro terreno —concretamente, en el de las relaciones político-religiosas— los albores del cambio apuntan ya con la consagración imperial de Oton I en el 962. Y se ratificarían con los inicios en firme de una reforma de la Iglesia desde la entronización de Benedicto VIII en 1012.³¹ Medio siglo de «transición interna» que permitiría hablar de la inexistencia de una ruptura violenta entre dos momentos de la Historia del Occidente medieval.

¿Cuál sería el momento en que se inicia el deslizamiento entre la Plena y la Baja Edad Media?

En su día, H. Pirenne fijó en los inicios del siglo XIV el momento de freno a la expansión económica del Occidente europeo.³² Con el discurrir de los años, el punto de arranque de la crisis se ha ido desplazando a fechas anteriores a las cuales se ha ido cargando de un cierto simbolismo: 1270, muerte de San Luis, con lo que ello supone de golpe mortal al espíritu de cruzada;³³ 1274, segundo concilio de Lyon y último, de hecho, de los Concilios medievales convocados a iniciativa del Pontifica-

29. Entre ellas la de G. DUBY: *L'An Mil*. Paris 1967 (Ed. española Barcelona 1989). De interés es la panorámica en torno a este problema redactada por E. BENITO RUANO: *El mito histórico del Año Mil*. León 1979. Desde otras perspectivas, G. BOIS: *La mutation de l'an mil*. Paris 1989.

30. Cf. su conocida *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, pág. 98. Barcelona 1968.

31. Cf. O. CAPITANI: *L'Italia Medievale nei secoli di Trapasso: La Riforma della Chiesa (1012-1122)*. Bologna 1984.

32. En una frase que se ha hecho célebre: «Se puede considerar el principio del siglo XIV como el término del período de expansión de la economía medieval», en *Historia económica y social de la Edad Media*, pág. 140. Méjico 1963 (Ed. original francesa Paris 1933).

33. Sobre la figura de San Luis y su época contamos, entre otros, con dos recientes trabajos debidos ambos a J. RICHARD: *Saint Louis*, Paris 1985 y *Saint Louis et son siècle*. Paris 1985. Para el caso concreto de la cruzada a Túnez interesa M. MOLLAT: «Le passage de Saint Louis a Tunis. Sa place dans l'histoire des croisades», en *Revue d'histoire économique et social*. 1972. Los fallos de la operación han sido sintéticamente destacados recientemente por MOHAMED TALBI: «Saint Louis à Tunis» en la recopilación de artículos *Les croisades* (Dir. por R. DELORT), págs. 72 a 79. Paris 1988.

do;³⁴ 1277, condenación del averroísmo y otras doctrinas afines que supone abrir un foso entre filosofía y teología;³⁵ 1291, caída de las últimas posiciones latinas en Tierra Santa... En definitiva: inicio de un recodo en la segunda mitad del siglo XIII que se consumaría entre 1315 (gran hambre) y 1348 (gran oleada de Peste Negra). Un recodo-transición que conduce a una Baja Edad Media, transición más amplia, a su vez, hacia los Tiempos Modernos.³⁶

Conclusión

¿Cabe hablar de una frontal oposición entre los conceptos de Historia universal (aplicado al Occidente) y de historia local (o regional) a la hora de abordar el estudio del mundo medieval?

Desde nuestra perspectiva de hombres de fines del siglo XX puede antojársenos que hay una gran contradicción en esta época. Por un lado están las grandes declaraciones universalistas de los mentores ideológicos que hablan de una *respublica Christiana*, de una *universitas christiana*, de un *Imperium christianum*... Y de otro lado nos encontramos con la realidad de una vida cotidiana encerrada en pequeños mundos (la villa, la castellanía, la ciudad y su término) con escasa relación entre ellos la mayor parte de las veces.

Sin embargo, los propios esquemas ideológicos que se trataron de imponer en aquellos momentos pueden ayudar a superar lógicas turbaciones. Así como el hombre era concebido como microcosmos, también cada una de esas pequeñas unidades de convivencia eran una reproducción a escala reducida de lo que se imaginaba era globalmente la sociedad de la época. Desde nuestra particular perspectiva podemos pensar también que las alturas y las profundidades son analizables tanto en el conjunto del Occidente medieval como en cada una de las células que lo integran.

34. Con motivo del séptimo centenario de este concilio se celebró en 1974 el coloquio internacional en torno al tema *1274 année charnière. Mutations et continuités*, actas publicadas en París 1977.

35. Cf. R. HISSETTE: *Enquête sur les 219 articles condamnés à Paris le 7 mars 1277*. Louvain-París 1977.

36. R. PernoUD ha escrito, en relación con los siglos XIV y XV, que constituyen una verdadera Edad «Media» en la que se mezcla el anacrónico espíritu caballeresco con el agudo y positivo sentido de cálculo de la burguesía: *Histoire de la bourgeoisie en France. I. Des origines aux temps modernes*, págs. 173-4. París 1981. Esta simbiosis queda también perfectamente reflejada en el título de una de las obras de J. L. ROMERO: *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*. Buenos Aires 1980.